

sia Catedral de Pasto, todavía se quiso apurar la copa de la amargura en su desolada familia, obligándola á presentarse diariamente al feroz Montes, el autor de aquel sacrificio, que había quedado por entonces dueño y señor de todo el Valle del Cauca.

Por una rara casualidad, muchos años después el Illmo. Sr. Dr. D. Manuel José de Caycedo, Obispo de Pasto, dice su primera misa pontifical en el mismo sagrado recinto en donde reposan las cenizas de su ilustre progenitor, y hoy este virtuoso sacerdote, honra y prez del clero colombiano, en quien se han perpetuado los talentos y bellas prendas de su noble abuelo, ocupa la silla archiepiscopal de Popayán.

JOSÉ JOAQUÍN GUERRA.

REGUERDOS DE UN VIAJE DE MEDELLÍN A BOGOTÁ

1862

(Continuación).

SONSÓN, 21 DE DICIEMBRE DE 1862

Estábamos recomendados en Sonsón á dos caballeros muy estimables, y como además hemos cultivado desde mucho tiempo antes relaciones amistosas con varias personas del lugar, fuimos recibidos con mucha afabilidad, visitados, obsequiados y atendidos en todas nuestras necesidades. Indudablemente los sonsoneños estuvieron muy finos, muy corteses y muy esmerados con nosotros, bien que esto parece genial en esta gente, que goza con derecho el calificativo de hospitalaria.

El programa del viaje en la América del Sur es bien diferente del programa del viajero en Europa; pero por fuerza hay entre uno y otro ciertos puntos de contacto y de analogía. Hay principios de aplicación enteramente universal, á los cuales el que viaja debe someterse en todos los lugares de la tierra. Lord Chesterfield decía que una buena figura era carta de recomendación que el hombre llevaba por todas partes; y aunque yo no me encuentre en tal caso, sí he tratado de emplear con todos el congénere de la belleza, que es la amabilidad.

Cuando usted viaje, procure, entre otras cosas, seguir los

consejos que van á continuación. Se los da un viejo interesado en su bienestar, llevan la respetabilidad de la experiencia, y todo el mundo sabe que el diablo no es tan experto por ser diablo, como por ser viejo.

Trate de ser fino y culto aun con las personas más infelices, sin afectación, sin lisonjas y sin estudio. Procure asimilar su lenguaje al de las diferentes personas con quienes hable, y si es posible emplee el tecnicismo de los diferentes oficios y profesiones de dichas personas.

Vea que su vestido sea pulcro y decente, porque uno de los pocos adagios falsos que yo conozco es el de que "el hábito no hace al monje." Una señora amiga mía, de regular inteligencia, repite frecuentemente: "Vístete como quien eres." Es verdad que la invención de las levitas trastorna un poco la exactitud de esta teoría; pero el uso de ellas no establece sino excepciones; el principio general queda en pie, y yo pienso siempre que un buen vestido hace parte integrante de las buenas *vías de comunicación*.

A peones y arrieros trátelos con dulzura; pero impóngales siempre respeto y obediencia por la dignidad del porte. Hágales algunas concesiones para poder obtenerlas grandes de ellos.

En viaje hay ocasión frecuente de ejercitar la caridad; pero en ello debe uno ser circunspecto y cauteloso para que la munificencia no se convierta en derroche. Socorrer á un enfermo abandonado en el tránsito, prevenir un accidente de los muchos que puedan acontecer á los compañeros, informarse del estado de salud del hostelero y su familia, dar un consejo higiénico, una receta ó un remedio si se puede, instrucciones sobre ciertos cultivos, etc., son recomendaciones provechosas para el viandante. Sin embargo, nosotros no aprobamos sino que rechazamos con indignación esas supercherías infames por medio de las cuales algunos caballeros de industria asumen el ejercicio de ciertas facultades profesionales, la del sacerdocio mismo, para beneficiar en su provecho la credulidad de la gente ignorante, de quien se puede obtener una cordial hospitalidad con procederes más limpios.

Abra usted su bolsa á tiempo y ciérrela oportunamente. Esto equivale á decir que ni se debe ser tacaño ni pródigo. "El que da lo que tiene, á pedir se enseña." Este adagio sí que es verdadero.

Una usted estas advertencias y otras contenidas en las cartas anteriores, para que todas, agregadas á las que vengan después, le sean de alguna utilidad.

La ciudad de Sonsón es de establecimiento reciente, no si

se atiende al modo como se desarrolla la población en los Estados Unidos del Norte, sino refiriéndonos á lo que sucede por lo común en las naciones de origen español.

El antioqueño es quizá el único pueblo de la América Meridional que participa un poco con el yanqui, del instinto de expansión material, á fin de dilatar el medio en que vive. Por esto, cuando los pueblos del centro del Estado, Medellín, Barbosa, Copacabana, Envigado, Rionegro, Amagá, Titiribí y Marinilla acumularon razonable copia de habitantes, se estrecharon luégo y sintieron el aguijón poderoso del deseo de propiedad, anduvieron por todas las direcciones de la estrella de los vientos, y de su emigración gradual resultaron paulatinamente Sonsón, Aguadas, Salamina, Pácora, Manizales, Andes, Concordia, Angostura, Amalfi y algunos más.

El plano sobre el cual está asentada la ciudad es un poco inclinado; pero no tanto que fatigue al que ande por sus calles, que son casi todas paralelas y cortadas en ángulo recto á cien metros de distancia. Quedan todavía algunas casas pajizas, pero las más son de tapia y tejas; y algunas de estas últimas, particularmente en la plaza, han sido fabricadas con gusto, precursor cierto de mayores adelantos. El conjunto de los edificios es agradable á la vista, hay economía en el amueblado, pero se nota comodidad y holgura.

El clima es frío, como el de Bogotá; los habitantes son robustos, la mayor parte blancos y poquísimos mestizos; los hombres atléticos y esforzados, y su organización tiene una energía peculiar, debido á sangre rica y abundante que circula con rapidez. Sonsón goza entre las poblaciones de Antioquia la fama bien merecida de tener bellísimas mujeres. El carácter de sus habitantes se muestra independiente y libre; pero es al mismo tiempo uno de los más castigados del país por el influjo saludable de la sociabilidad. Su indole los inclina algún tanto al placer, y por esta razón gustan de los divertimientos en general, de la danza, de la música y de los paseos campestres. Hay en su genio prontitud de sentimientos, y por consiguiente son apasionados, trabajadores infatigables, traficantes y hasta temerarios en sus empresas. Sólo ellos con su audacia han podido domar en tan poco tiempo una naturaleza tan áspera y tan contraria á los esfuerzos humanos, convirtiendo todos los alrededores de la ciudad en bellísimas dehesas y abundantes plantaciones, indicios claros de que la misma operación se ejecutará con las selvas vírgenes que tienen al frente (1).

(1) Este vaticinio está en vía de cumplimiento, y si no se ha llevado á término, mucho se ha conseguido en la práctica.

El agua de que se abastece el lugar es delgada, fresca y de excelente calidad; los alimentos son frugales y los vestidos sencillos, si bien ya el lujo se asoma atrevido, con su cortejo de modas y veleidades.

El pueblo sonsonense es uno de los más industriosos del Estado de Antioquia, y acaso el que tenga en su distrito menos número de pobres. El terreno de que dispone para sus labores es sumamente grande, mineralizado como lo demás del país, pero el laboreo de minas no es muy del gusto de los habitantes, quienes piden á los diferentes ramos de la agricultura la satisfacción de todas sus necesidades. Gracias á lo terriblemente cortado de la topografía, los trabajadores disponen de diversos climas, á muy poca distancia los unos de los otros, desde 14° ó 15° del centígrado hasta 28° y 29°, y por esta razón pueden cosechar frutos de todas las zonas, de todas las alturas y de todos los terrenos, con increíble facilidad.

El trigo que se cultiva en la parte más fría, en la cumbre de las cordilleras, es en Antioquia un artículo casi peculiar de Sonsón, y entra como elemento importante de su riqueza y bienestar. El grano no es de buena calidad, ni rica la semilla, y la harina se resiente de la primera circunstancia. Sin embargo, como el maíz constituye la base del pan que se acostumbra entre nosotros, el consumo del trigo es reducido y de bajo precio; pero siempre de venta de mediana consideración que redundá exclusivamente en beneficio de este lugar, por tener el monopolio forzado de aquel ramo. Antes el pan de trigo se usaba sólo en circunstancias solemnes, en casos graves de enfermedad; hoy hasta los pobres se proporcionan de vez en cuando este goce, y entre la gente acomodada y rica su empleo ha venido á ser muy general (1).

El maíz se cosecha en grandes cantidades, y su compañero inseparable, el frijol, en cantidad suficiente para el gran consumo que de esta legumbre se hace en todas las clases de la sociedad. El maíz es el fundamento de nuestra alimentación: arepa, mazamorra, sopa, bizcochos en diferente forma, y cincuenta ó sesenta preparaciones más, todas ellas agradables y nutritivas, se procuran con este excelente grano, que después del trigo es la más preciosa regalía que Dios puede haber hecho á la humanidad. El frijol sirve solamente para la preparación de un plato, grosero en apariencia, pero succulento

(1) La introducción de harina que se hace hoy de los Estados Unidos ha propagado mucho el uso del pan y el consumo de muchos artículos que se fabrican de ella. La harina del país continúa produciéndose, aunque en corta escala.

y fortificante en alto grado. El maíz es siempre el precursor de la civilización que invade los bosques primitivos; es la planta amiga y esencialmente doméstica que el sencillo colono ve crecer primero en los límites de su heredad, y su abundancia constituye el seguro de vida y bienestar de las familias. El frijol crece al abrigo del maíz, y es por tanto su compañero inseparable desde su nacimiento hasta su muerte. Estos dos artículos son de vital importancia para la existencia y comodidad del antioqueño. Conócese perfectamente el cultivo del primero, y el del segundo, aunque un poco más difícil, se ofrece sobre todo fecundo en los terrenos nuevos y en los primeros años de labranza. De uno y otro existen muchas variedades; pero del maíz no se cultiva por lo general sino el de Yucatán en los países cálidos, y el de montaña en las tierras altas, consistente y denso el primero, blando y farináceo el segundo.

D. Vicente B. Villa ha introducido numerosas y variadas semillas de maíz, pero no ha podido obtener el cultivo de ellas con esmero, porque la rutina es todavía señora absoluta, y nadie quiere hacer en agricultura, con pocas excepciones, sino lo que hicieron sus padres y sus abuelos. Desde este punto de vista quisiéramos encontrar más docilidad en el genio laborioso y perseverante de nuestros compatriotas.

En los valles templados y cálidos inmediatos á Sonsón se cultivan naranjos, piñas, aguacates, mangos, etc., y sobre todo la planta filantrópica, la planta redentora, el plátano: guineos, maritúes, dominicos, morados, hartones y los nuevamente importados de la isla de Madera. El plátano es el enemigo capital del pauperismo en América; pero desgraciadamente la munificencia de este fruto, la gran facilidad para su cultivo y la generosa prodigalidad con que la Providencia lo pone de una vez en forma de manjar sobre el labio hambriento de la humanidad, hace á los habitantes de las tierras cálidas perezosos y holgazanes. Este fruto maravilloso es el más dócil, maleable y acomodaticio á todas las formas: verde ó maduro, crudo ó simplemente asado, frito, como pan, como sopa, como bizcocho, en tortas exquisitas, en dulce; en fin, de cuantas maneras pueda idear la fantasía, de otras tantas viene en auxilio del hombre, siempre pródigo y benéfico (1),

(1) En el año de 1876 introdujimos de la isla de Cuba cuatro especies diferentes de plátano: el guineo manzano, el dátil, el morado negro y el de doble fruto en un solo tronco. De éstos sólo se cultivan al presente el morado negro y el dátil, delicioso fruto este último. El Dr. Evaristo García, ilustre médico canario, ha publicado un bellissimo libro acerca del cultivo y empleo del plátano, escrito que debe reputarse como uno de los más útiles que haya visto la luz en Colombia.

Tienen también los sonsones cañaverales de azúcar, con sus correspondientes ingenios, para extraer el jugo, evaporarlo, condensarlo y preparar miel, panela, azúcar y alcohol.

Pero lo que sobre todo forma la riqueza de la sociedad de que hablo, son los trabajos pastoriles, aplicados á la crianza, multiplicación y ceba del ganado vacuno. Poco se ha hecho para mejorar las razas (1), pero mucho para la reproducción de las existentes y para su perfecto mantenimiento. Por todas partes se ven excelentes dehesas, y hasta los bosques intransitables del Oriente están ya abiertos en parte, domados y vestidos con el precioso adorno de estos bellos animales.

En las alturas la grama es corta, pero alimenticia y bastante difícil para mantener en perfecto aseo. En las faldas templadas los animales hallan muchas plantas indígenas, que comen con provecho. En las vegas calientes de los ríos, fuera de pastos naturales, se cultiva con esmero una gramínea de reciente introducción, llamada *pará*, de la cual obtienen no sólo Sonsón sino el Estado entero pingüe utilidad. Antes, en vez del *pará*, se cultivaba la yerba de Guinea; pero á los agricultores les parece inferior á la otra de que he hablado, no tanto por falta de principios nutritivos cuanto por su corta duración y su mayor dificultad para ser mantenida. El *pará* es más tierno y más jugoso; se propaga con incalculable rapidez; se multiplica hasta causar enfado, y es mucho más persistente. Los yerbales de Guinea producen las dos ó tres primeras suertes muy bien; pero luégo se debilitan, se rebajan, se convierten en gramales y se reducen al fin á praderas de flaco sustento y de mala calidad. Antes de la última revolución, los establecimientos de esta clase progresaban con fuerza y vigor consoladores; mas á ellos, como á todas las industrias, los ha marchitado el soplo letal de nuestras convulsiones políticas.

El ganado, cuyo precio era sumamente alto en los últimos años que precedieron á la guerra, se vende al presente á precio mínimo, y los propietarios lo tienen á despecho y como ascuas que cogieran con la mano. El alarma ha caído sobre todas las propiedades, y el ganadero que oye zumbir constantemente en sus oídos la voz imperiosa del Sr. Alcalde ó del Comandante de la partida, la orden del Sr. Gobernador ó el decreto ejecutivo, quiere deshacerse á cualquier precio de uno de los haberes que el cultivador mira siempre con ojos más dulces y amorosos. Todo impuesto es pesado, toda con-

(1) Se ha progresado mucho en esta materia.

tribución extraordinaria es oprobiosa, toda exacción se mira con odio; pero el hombre pudiente, aunque refunfuñe, se allana á dar el dinero de su caja, la tela de su almacén, el vestido de su ropero y hasta la sangre de sus venas. Pero para el campesino sacarle el caballo del pesebre, la vaca del corral ó el novillo de la dehesa, es casi tan desagradable y triste como sacarle al hijo de la alcoba. El pastor que lleva existencia de contacto incesante con sus queridos animales, llega á mirarlos casi como miembros de la familia. Los considera como su creación, como sus amigos, y no como cosas sino como personas de su intimidad. Es por eso por lo que durante las revueltas, los ultrajes gratuitos ó forzosos hechos á esa clase de riqueza engendran odios tan terribles, pasiones tan sangrientas, que no admira ver causas semejantes prolongando indefinidamente los trastornos sociales.

Bueno sería tal vez continuar en estas ó semejantes divagaciones, que hasta cierto punto no carecen de interés local, pero es preciso recordar que vamos de viaje, que es necesario practicar varios preparativos para el paso de la montaña y para surtirnos de todo lo referente á la comodidad de la persona y á las exigencias del vientre. La parte de nuestra correría que va á seguir tiene un carácter exclusivo. Vamos á transitar por un bosque virgen durante ocho días. Dejaremos con agradecimiento y tristeza nuestras mulas y cambiaremos esta cabalgadura bruta y valerosa por otra no menos atrevida, pero racional. Vamos á montar en hombres, y si el uso constante no pide que calcemos espuelas para meterlas en sus lomos, no será quizá por caridad sino por convenio. La descripción de nuestros preparativos será tal vez trivial y pueril; mas cuando la senda que vamos á recorrer haya sido, por influjo de los adelantos materiales, convertida en vía transitable por los medios ordinarios de comunicación, la memoria perdida de las costumbres actuales quizá se echará de menos por las generaciones venideras.

Digo que las bestias no pueden pasar por la montaña, y esto es exacto á la letra: los hombres tienen que hacer toda la faena. Necesitamos peones para todo: para el equipaje, para los víveres, para las señoras, para las personas que no se encuentren con bríos de andar á pie, y hasta peones para los peones. Estos últimos, muchachos ágiles y robustos, llevan el nombre de *racioneros*.

El peón sonsoneño es en general honrado y bueno. Casi todos son mestizos, algunos blancos y rarísima vez negros. Son mozos ó adultos, porque la dureza de la tierra excluye la

vejez; fuertes, aseados, frugales, listos, respetuosos y humildes, sin prescindir de su dignidad. No es todavía común encontrar en ellos lo que se llama *maulas*, aunque es muy cierto que su moralidad y sencillez actuales están muy lejos de poderse comparar con sus virtudes primitivas: prodigios del roce y de la civilización. Son por lo general silenciosos y un poco taciturnos. Cuando por efecto de algún motivo particular su genio se anima ó se hace más comunicativo, la charla es sencilla y el lenguaje moderado. En los ratos de mayor desenfreno serían santos comparados con los bogas del Magdalena en sus horas de recogimiento y compunción. No ha faltado uno que otro en estos últimos tiempos que se dediquen á la ratería; pero, en justicia, son pocos y siempre ejercen el oficio con timidez. Están calificados como las bestias, en peones de silla y peones de carga, y en una y otra categoría hay reputaciones colosales. El racionero está encargado de llevar el bastimento de los otros peones; es niño, y por tanto casi siempre inexperto; alegre, festivo y en ocasiones bribonzuelo. El racionero es la salsa picante, el ají de la comitiva.

Los señores á quienes estábamos recomendados habían hablado ya con todos los peones que debían acompañarlos, y las raciones estaban distribuidas. El pago por el trabajo personal se arregla en conformidad con el peso de cada carga. A cada peón se anticipa un peso por cada arroba, y éste lo emplea en proveerse de alimentos para el viaje. La conducción de cada arroba cuesta veinte reales, y debe pagarse al fin ó al principio, si así se conviene, en todo ó en parte. Los peones de silla son pagados á tres pesos por cada arroba.

Como la forma de los tercios, el tamaño, el peso y el sexo de las personas no son indiferentes para el carguero, ellos se apresuran á ganar de mano, como se dice vulgarmente, y se empeñan en escoger primero. Ya tenemos muchos que nos urgen con tal pretensión. Nosotros nada decimos, porque todos estos arreglos necesitan la habilidad de una larga práctica, y dejamos á nuestros directores el cuidado de entenderse en todos los contratos y de habilitarnos para la marcha. Mañana es día de pesar cargas y personas; hoy ha sido de feria. Nos hemos provisto de todo lo indispensable y aun de mucho de superfluo. La despensa es descomunal: carne en abundancia, arroz, dulces exquisitos, huevos, pan, bizcocho, jamones, salchichas y hasta buñuelos para la Nochebuena.

Hemos paseado, tomado descanso y fuerza para la correría.

VII

SONSÓN, 22 DE DICIEMBRE DE 1862

Hemos sabido hoy la muerte de Arboleda, asesinado en el punto llamado Arenal, cerca de la famosa montaña de Berruecos, donde lo fue antes el gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre. La noticia es todavía dudosa, pero ya verá usted cómo se confirma. En el Estado del Cauca más que en ninguna otra parte de América, el que mata á espada á espada morirá, y las manos del Sr. Arboleda estaban empapadas en sangre granadina. En estas repúblicas hay una ley de infalible cumplimiento, que condena á todos los hombres eminentes á morir de muerte trágica. Desde Caldas y Camilo Torres hasta Arboleda, los efectos de dicha ley han sido siempre seguros y palpables. En este país no hay felicidad sino para las medianías y para los necios. El trabajo generador de veinte á treinta años en asuntos de inteligencia, lo agosta y lo arrasa la ola ardiente de nuestras revoluciones. No es que sus efectos y sus pormenores me espanten. Todas, y especialmente la última, han conmovido y desquiciado el edificio de la República. Si algún grado de armonía ha existido antes en sus elementos constitutivos, todo está sin orden, sin concierto y sin esa unidad que es la condición indispensable de la existencia permanente y providencial de los seres. Desde las relaciones con Dios hasta el más insignificante detalle de la vida común, todo se encuentra alterado. En religión, la Iglesia, el culto, las ceremonias, el sacerdocio y hasta el dogma; en política, la forma de gobierno, la organización social, la administración, la policía, la diplomacia y hasta la estructura misma de la doctrina; en lo civil, la sociedad entera, el crédito, los impuestos, las garantías, los derechos, la confianza, la estabilidad y hasta la libertad inmanente del hombre. El ejército, las corporaciones de toda clase, la industria, el comercio, la agricultura, la minería, el hogar y hasta la existencia individual y la fe, todo está vacilante, incierto y esperando la milagrosa fuerza de cohesión que debe reunir los átomos, las moléculas, los corpúsculos, los pedazos, los jirones de esta desgraciada sociedad. No temo, repito, el fenómeno en sí mismo y en sus pormenores, porque yo con mi poca historia sé que los pueblos, como los hombres, sacan frecuentemente sus mejores virtudes de los errores cometidos durante la desatada borrasca de pasiones adolescentes. Los pueblos del Asia, el Egipto, la Grecia, Roma, Inglaterra,

Francia se levantaron ó se han levantado de la postración en que los pusieron sus cataclismos sociales, nutridos con una savia más pura, más tónica y fecunda. Es verdad que algunos de estos pueblos han muerto definitivamente; pero eso depende del cumplimiento eterno y fatal de otra ley que usted conoce. Lo que me desconsuela profundamente no es, como lo he dicho, el fenómeno en sí mismo; es que el examen más atento, la indagación más anhelante no me hacen ver para alivio de la generación presente el *vis in cita*, el aliento generador, el hombre del destino que dé soplo de vida á este moribundo cadáver (1).

Cuatro palabras en conmemoración de este hombre singular. Arboleda tendría cuarenta y cinco ó cuarenta y seis años; era pequeño de estatura, jibado, lampiño, de nariz aguilena, pelo liso, vivacidad de maneras, ojos negros, pequeños, escondidos en las órbitas, y de mirada fija, escrutadora, inteligente y profunda.

Su padre, hombre notable en Colombia, murió en Pisa en servicio constante y celoso de la República; su madre vive aún y es sin duda el talento femenino más claro y educado del país. Arboleda recibió su primera educación en Europa, y de esta circunstancia, del esmero con que le fue dada y de sus prodigiosas facultades intelectuales, resultó que su instrucción fue casi enciclopédica.

A pesar de su aparente raquitismo, podía optar un premio en los juegos olímpicos: la danza, la carrera, la lucha, la equitación, la natación y la esgrima eran para él ejercicios familiares. Como hombre de saber, su ciencia era vastísima y profunda: literatura, historia, política, jurisprudencia, ciencias, artes é idiomas, todo le era conocido, y todo con perfección. Como poligloto, fuera del griego y el latín entre las lenguas muertas, y el alemán, el inglés, el francés y el italiano entre las vivas, hablaba correctamente la lengua española, su idioma natal. Su oratoria era fecunda, rica, florida, incisiva y mordaz. El sarcasmo formaba el condimento de su palabra

(1) El carácter de nuestras revoluciones se aquilata más y más cada día. La en que ahora estamos va presentando condiciones muy diferentes de las anteriores. Lo que ahora decimos no se refiere á la situación presente, porque la historia de esta última revolución que cuenta ya una actividad de dos años siete meses, será escrita algún día, y quien Dios que la pluma del escritor no se rompa de vergüenza cuando trate de las abominaciones que hemos cometido; pero así y todo las ideas que manifestamos en nuestra relación de viaje las confirmamos ahora sin cambiar un solo punto. Advertimos de nuevo que en estas notas no aludimos á la situación presente, porque el solo fin que ellas se proponen es el de averiguar en qué hemos adelantado y en qué hemos retrocedido. La crítica referente á nuestro modo de ser actual la dejamos á los escritores que vengan en pos de nosotros.

inagotable y fácil. Como filósofo era escéptico y frío; como político, atrevido, emprendedor y apasionado.

Muy niño todavía ganó, con precocidad de genio, honrosos premios en la poesía inglesa, y como bardo ha pulsado una de las liras más enérgicas en este pobre parnaso colombiano: su valía literaria será siempre grande.

Regresó á su patria muy joven todavía, con la opulencia de tan recomendables elementos. La revolución de 1840 le encontró en el goce de una juventud feliz, acaudalado, noble de estirpe y con valiosas relaciones. Se lanzó en ella ya como publicista, ya como soldado, con ardor tal, que más parecía vértigo que entusiasmo, y mostró desde entonces enorme ambición. Su influencia oratoria, su intrigante actividad se distinguieron desde esa época en la tribuna y en la vida pública; pero sus avances y sus triunfos han sido contrariados por la veledad de su carácter como político y por la intermitencia de su valor como guerrero.

El año de 1851 dirigió sin fortuna la revolución que terminó de modo desastroso para su partido. Derrotado en Pasto, tuvo la desdichada y antipatriótica idea de traer desde el extranjero la guerra á su país: intento estéril que dañó un poco su posición. Reconciliado de nuevo con la patria, se presentó en los Congresos é hizo reclamaciones exorbitantes sobre daños y perjuicios causados por una revolución que él mismo encabezaba. El aura favorable de su partido triunfante, la timidez de algunos y la corrupción de otros le procuraron una indemnización superior tal vez á sus deseos, conseguido lo cual se estableció por algún tiempo en Europa.

Iniciada la revolución del año de 61, desembarcó en Santa Marta, disputó con tenacidad la posesión de aquella plaza, hasta que al fin, derrotado y prófugo, se dirigió al Istmo de Panamá, de allí á Pasto, y con las armas en la mano y en actitud soberanamente revolucionaria, triunfó en los Arboles, tomó á Popayán, llegó á Cali, se entendió con Antioquia, agitó muchos pueblos, avigoró la guerra y con éxito vario, fugitivo á veces y á veces triunfante, se vio al fin en la necesidad imperiosa de replegarse á Pasto, venció á los ecuatorianos en Tulcán, volvió sobre Popayán, se replegó de nuevo y fue asesinado cerca de *La Venta*, por una emboscada que le acechaba. La sangre del General Antonio José de Sucre, derramada en un punto inmediato, ha costado á la República sacrificios inmensos, víctimas sin cuento y desgracias infinitas. ¡Quiera Dios que los manes de Arboleda se apacigüen con menos!

Si no escribiera yo más que sobre los incidentes del

viaje, ya iríamos lejos; pero como el objeto es charlar un poco, este diario debe estar necesariamente compuesto de digresiones. Si fuera para el público, ésta no sería una excusa; pero siendo única y exclusivamente asunto de familia, estoy en perfecto derecho de continuarlo como lo he empezado. Y á propósito de los excelsos dones literarios de Arboleda, la ocasión me hace caer de lleno sobre otro personaje con quien me ligan más íntimas relaciones, y sobre el cual puedo dar ligera noticia sin salirme de los límites naturales que abrazan el dominio de estos apuntes.

Entre las personas que nos han visitado y con quienes hemos tenido especial gusto de tratar en Sonsón, está Gregorio Gutiérrez González, quien, aunque no ha nacido aquí sino en La Ceja, fijó desde hace algún tiempo su residencia en esta ciudad.

Gutiérrez González, si bien joven todavía, es ventajosamente conocido entre nosotros por el gran mérito de sus composiciones literarias. Antioquia es la tierra clásica de la prosa y de la mala prosa (1). Las artes liberales, las ciencias de pura imaginación, la música, la pintura, la escultura, la estatuaría, la psicología, la ideología y la poesía no se aclimatan aquí ni encuentran terreno propio para echar raíces y crecer con solidez. El antioqueño es hombre esencialmente numérico, calculador y empresario, maquinista, minero, agricultor, físico y matemático, y así como el ciervo corre acabado de nacer y el pato nada cuando rompe la cáscara, así también el antioqueño de cepa pura, suma, resta, multiplica y divide desde que se mueve y articula palabras.

No conozco más que dos poetas antioqueños, en el sentido riguroso de la palabra. Salazar, que en su existencia fugitiva cantó á Colombia y á sus héroes, y Gutiérrez González, el perezoso, el indolente, el apático, el criminal poeta que con su facilidad y su facundia habría podido ya inundar de cantos y de poemas nuestras bibliotecas nacionales. Versificadores y copleros hay muchos, pero hombres de inspiraciones puras, sólo los dos mencionados. Gutiérrez González es la encarnación viva de la armonía poética, sus versos son simples, sin artificio y sin estudio, pero deliciosos: nada, ni su persona misma es tan natural y tan desnuda de afectación como sus creaciones.

(1) En esta materia hemos avanzado notabilísimamente, pues la bella literatura se ha enriquecido mucho. Tenemos escritores en prosa sumamente correctos; no faltan poetas de grande aliento, y las ciencias, las artes y la industria comenzaban á tener un vuelo que los desórdenes sociales de esta época han detenido desdichadamente. La reacción favorable vendrá, y esperamos que aparezca con nuevas y fecundas fuerzas.

En Sonsón vive actualmente el General Braulio Henao, nacido en las inmediaciones de lo que hoy es distrito del Retiro, cerca del riachuelo de la Leona, y que fue bautizado en la iglesia de Rionegro porque á la sazón no la había en el Retiro. Henao no se cuece con dos aguas, como se dice vulgarmente, y va casi con el siglo. Su familia era pobre, humilde y de pocos haberes, por lo que su primera educación fue insuficiente y descuidada; pero su ignorancia de entonces se ha modificado favorablemente por lecturas asiduas (1).

Como voluntario entró á la carrera militar, y se encontró como soldado el año de 1819 bajo las órdenes de José María Córdoba. Destinado á la costa del Atlántico, estuvo algún tiempo en Santa Marta y Cartagena, y de esta ciudad pasó á la de Panamá, en donde estuvo de guarnición: fue licenciado posteriormente y regresó á Antioquia á tiempo oportuno para ponerse de nuevo á las órdenes del heroico cuanto desgraciado General Córdoba y combatir y ser derrotado en el Santuario el año de 29. Retirado á la vida privada, se dedicó á trabajos campestres, se casó y se estableció en Sonsón. Ignoro la parte tomada por nuestro compatriota en los acontecimientos del año 31; pero sí sé que en el de 40, unido al General Euse-

(1) Esta nota se hace indispensable, porque nuestros informes de aquel tiempo no eran bastantes para esbozar la carrera de esta ilustración antioqueña.

El General Henao recibió bautismo de fuego en la escaramuza de Chorrosblancos, y mientras el General José María Córdoba seguía persiguiendo á los españoles por la vía de Zaragoza, Henao regresó á Rionegro, de este punto pasó á Medellín y quedó á las órdenes del Comandante Ricaurte, quien á la cabeza de cerca de mil hombres siguió por la vía de Nare con dirección á la Costa Atlántica. Llegado que hubo al Banco y á Tenerife, halló triunfantes á Córdoba y á Maza; y como el primero fuese con dirección á Cartagena, el joven antioqueño, bajo la dirección del segundo, hizo la campaña de la Ciénaga, manifestando en todas partes sereno valor y decisión republicana. De allí en adelante Henao asistió á la toma de Santa Marta por el Almirante Brión, Padilla, Montilla y otros libertadores.

De Santa Marta asistió al sitio de Cartagena, y libertada esta ciudad pasó por orden superior á guarnecer el Istmo en Portobelo, Chagres y Panamá.

El año de 27 regresó á Sonsón y se dedicó, en compañía de un hermano, á trabajos de minería y agricultura.

El año de 29, llamado por Córdoba, combatió en el Santuario, de Antioquia, en donde, aunque derrotado, probó valor admirable.

Vuelto á Sonsón, continuó trabajando asiduamente en iguales ó semejantes tareas á las anteriores.

Siguió como ciudadano ajeno á las contiendas guerreras hasta el año de 40, y en el siguiente triunfó contra Vesga y Galindo después de reñida batalla en Salamina.

Estuvo en las batallas de Itagüí, Munizales, Carolina, La Honda, Hojas, Cabuyal, Pitayó, Santodomingo y Santa Bárbara; y concluida la revolución de 60 se retiró de nuevo á Sonsón y se dedicó al trabajo con su habitual consagración.

El día 26 de Marzo de 1902 cumplió cien años de edad en pleno goce de sus facultades físicas y mentales. Los vecinos de Sonsón y muchos ciudadanos antioqueños festejaron su natalicio con gran pompa, y la República considera hoy al General Henao como uno de sus hijos más ilustres.

bio Borrero en su malograda campaña sobre Antioquia, estuvo en Itagiú, combatió con valor temerario y se resignó á la capitulación. Retirado á Sonsón, continuó trabajando de modo infatigable por el triunfo del Gobierno, consiguió prosélitos, reunió una escasa pero lucida Columna, y con ella destruyó las fuerzas rebeldes á las órdenes de Vesga y Galindo, en la falda de la Frisolera.

Terminada aquella revolución, se contrajo nuevamente á sus tareas de campo, y merced á su actividad y constante labor su riqueza ha pasado siempre en concepto de la gente por ser de bastante consideración.

La jornada de Salamina proporcionó á Henao crédito bastante entre sus compatriotas, tanto que fue nombrado para representar á la Provincia de Antioquia en los Congresos nacionales. De otro lado, su amor á la vida privada, su consagración al trabajo y su persona siempre lista para acudir á los llamamientos de la República, le ganaron renombre de modesto patriota y heroico Capitán y hasta de entendido en los asuntos de su profesión. Por una década de años fue la joya preciada de Antioquia, que se complacía, por acuerdo común de sus hijos, en pronunciar el nombre de este Cincinato montañés.

El año de 1851 llegó para Henao triste y funesto. El General Borrero y la fuerza de la opinión consiguieron colocarlo en las filas de los rebeldes. El sirvió como á despecho y de mala voluntad durante algún tiempo; pero quizá por falta de entusiasmo se retiró de nuevo á cuidar de su querido trapiche y de sus vacas. Ese es el asunto de Las Coles, que tanto ha contribuído á mortificarle desde entonces. Los amigos le llamaron tráfuga, lo abrumaron con su desprecio y le consagraron odio mortal, reservándose, eso sí, el derecho de una reconciliación posterior. No falta quien le defienda calurosamente y haga caer la mancha, con razones de peso, sobre sus propios acusadores. La historia no ha pronunciado su fallo definitivo en la materia.

El año de 1854 se oyó resonar por toda la Nación el grito alarmante del motín de cuartel encabezado por el General José María Melo. Bien pronto ese movimiento tomó proporciones considerables, y los defensores de la Constitución y de la ley volaron á los campos de batalla. Henao fue de estos últimos.

Con la ayuda del Dr. Mariano Ospina, Gobernador entonces de Antioquia, reunió una lucida Columna de antioqueños y fue á engrosar las filas constitucionales que á las órdenes de López y de Herrán se formaban entonces en el Alto Magda-

lena. El Ejército del Norte, mandado por el General Mosquera, atacó á Melo en Bogotá, de acuerdo con los ejércitos del Sur y de Occidente, y en los primeros de Diciembre se peleó la sangrienta batalla de Bosa. Henao combatió en la vanguardia y cayó herido, pero triunfante, en la primera carga. A él y á los antioqueños se debió entonces la salvación del país; su fama tomó formas prodigiosas, y su rehabilitación, si alguna necesitaba, quedó definitivamente conseguida.

No bien la victoria coronó con sus laureles la frente de Henao, cuando voló una vez más á sus labores ordinarias.

En eso estaba y era feliz hasta el año de 1860, en que por motivos largos de contar estalló la formidable revuelta de que aún no hemos acabado de salir. Mosquera tomó en el Cauca actitud amenazante, y el Gobierno de la Confederación, seguro del triunfo, dió órdenes á Henao y á Giraldo para formar un Ejército y cubrir el punto de Manizales. Muchos dudaron que el primero tomara servicio en contra de Mosquera; pero después de algunas vacilaciones, obedeció la orden y asumió actitud eminentemente hostil. En compañía del General Joaquín Posada G. combatió y celebró exposición con Mosquera el 28 y el 29 de Agosto.

Mientras que el Dr. Ospina pretendió con mañas engañar á Mosquera sin pronunciar una palabra sobre la exposición de Manizales, Henao y Giraldo disolvieron el Ejército y parecieron confiar en la cesación de la guerra. Esta recrudeció; Mosquera siguió sobre Bogotá, y de triunfo en triunfo logró tomarla y apoderarse de la persona del Dr. Ospina.

Una intentona descabellada, capitaneada por D. Clemente Jaramillo, pretendió en vano derribar el Gobierno de Antioquia.

La lucha continuó, y algunos jóvenes valerosos pero inexpertos intentaron y lograron invadir el Estado, auxiliados por Mosquera y por Nieto. La falta de recursos, ó acaso la impericia, les obligó á meterse en el pueblo de Carolina. Henao vino contra ellos, los sitió y acorraló con un número mayor de soldados. Un breve combate se siguió el 16 de Junio de 1861, y el enemigo, debilitado por el hambre, sin esperanza y careciendo de medios, obtuvo del modesto y afortunado caudillo honrosa capitulación.

Después de la jornada de Carolina nuestro compatriota marchó de nuevo á Manizales, pasó al Cauca, triunfó de Alzate y de Payán en la Honda, entró á Cali, se unió con Julio Arboleda y emprendió la desdichada cuanto deplorable campaña del Dagua, y después de haber sido derrotado y hecho prisionero en las Hojas y libertado en la acción del Cabuyal,

regresó á Cali y siguió con Arboleda á Popayán. Se estacionaron en Silvia, sobre la Cordillera Central, como mostrando amenazar á Cundinamarca. Arboleda fusiló á muchos, y Henao, á quien hasta entonces se tenía por eminentemente humano, se contagió, cedió dócilmente á instigaciones extrañas y fusiló también.

El Estado fue invadido nuevamente por el Nordeste y por un enemigo más numeroso que el rendido en Carolina. Venía á las órdenes del bravo pero inepto General José María Mendoza Llanos. Las tropas invasoras derrotaron en el Tambo al Coronel Marulanda y tomaron á Santodomingo; pero en vez de aprovecharse de esta ventaja y seguir sobre la capital, se acuartelaron en aquel pueblo y permitieron al Gobernador rehacerse, y cuando determinaron avanzar toparon en Playas con las tropas del Gobierno. Un sangriento combate se libró el día 2 de Noviembre, de éxito dudoso. Los enemigos quedaron frente á frente por algún tiempo, hasta que al fin los invasores concentraron de nuevo sus fuerzas en Santodomingo. En el intertanto Henao había sido llamado de Silvia, y con un ejército numeroso y lucido regresó para hacer con Mendoza y sus compañeros lo que antes había hecho con Santodomingo Vila y Liborio Mejía en Carolina.

Obtenido el triunfo, volvió á Manizales y siguió al Cauca; mas durante el tiempo transcurrido, el ejército de Arboleda fue derrotado en Silvia, perdió á Popayán, se situó en Quinamayó y debió su salvación á la perplejidad del General López.

Animados Arboleda, Giraldo y Henao por el triunfo del Cabuyal, marcharon de nuevo sobre Silvia, y como intentasen atravesar la cordillera, fueron detenidos por el enemigo. Replegados sobre Popayán, y engrosado el Ejército desde algunos días antes con las fuerzas del Norte de la Confederación salvadas por Canal en su memorable y gloriosa retirada, resolvió el General en Jefe Arboleda seguir á Pasto. Henao, Giraldo y los antioqueños no quisieron acompañarle, lo que ocasionó la división del Ejército y fue el principio de su ruina.

El General Mosquera traspasó la montaña por las cumbres heladas del Moras y del Guanacas, vino en persecución del ejército antioqueño por el Sur, mientras que el General Santos Gutiérrez ocupó á Cartago. Henao y Giraldo, sin esperar á Mosquera, resolvieron abrigarse en Manizales; pero á su paso encontraron con Gutiérrez, quien les aceptó batalla en Santa Bárbara, campo en el cual Giraldo selló con su sangre la fe de sus creencias políticas y la valerosa dignidad de su carácter.

Terminada la lidia, tornó Henao á sus habituales ocupaciones.

No hay un hombre en Antioquia que haya tenido influencia más poderosa sobre los acontecimientos de una veintena de años, que de quien hablo. Aunque los odios y los rencores engendrados por la revolución no estén todavía apagados, gusto de acomodarme á la verdad en mis juicios.

El General Henao posee innegable mérito. Como soldado y como oficial se condujo bien en los primeros años de su carrera militar; en el Santuario de Antioquia se manejó como un león, en Itagüí combatió como un héroe y en Salamina manifestó que era habilísimo para la guerra difícil de posiciones. En Bosa su comportamiento fue brillante; en Manizales se portó como bueno, y su marcha desde Silvia hasta Santodomingo en tiempo crudo, será registrada por la Historia con aplauso.

Hay algunas frases de elocuencia militar bastante notables en la carrera de Henao. En Bosa, durante lo más crudo del combate, recibe del General en Jefe la orden de retirarse. Diga usted, respondió al ayudante que le llevó la orden, que los antioqueños del *Batallón Salamina* no saben retirarse. En buena guerra, esta respuesta merece la inmortalidad ó el cadalso.

En Medellín, en una arenga dice: "Antioquia será libre, porque Antioquia quiere ser libre." Esto equivale á esto otro: "Querer es poder."

En resumen, y para hacer justicia diré: que la reputación del General Henao reposa sobre un trípede compuesto de tres elementos importantes: infatigable consagración al trabajo, valor guerrero probado en muchos campos de batalla y amor á sus ideas políticas nunca desmentido.

VIII

SAN GREGORITO, 23 DE DICIEMBRE DE 1862

Este punto se llama *San Gregorito*, sin duda para distinguirlo de otro que está un poco más adelante, llamado *San Gregorio*; á no ser que aquél se llame así para distinguirlo de éste. Imposible parece dar con el origen de estos nombres, á no ser que se busque en el capricho de los primeros exploradores ó de los peones.

Ya estamos en pleno bosque primitivo, en floresta virgen, pie en tierra, alpargatas por calzado y báculo de peregrino.

Ayer, después de la comida, se verificó el peso y distribución de personas y fardos. Para los peones ha sido una verdadera fiesta, y para nosotros poco menos. Yo pesé algo más de cuatro arrobas, lo que me persuade de que hago algunas ventajas al resto del linaje humano: mientras mis prójimos tienen tres enemigos del alma, yo no tengo más que dos, pues me falta la carne.

La bondad de nuestros amigos ha echado una lluvia de regalitos en nuestras petacas: el bastimento no faltará. Como desde Sonsón pudimos venir á caballo hasta un punto muy alto del páramo, hemos tenido excelentes bestias para cabalgar. Necesitábamos cuatro ó cinco á lo más, y han sido escogidas entre diez y ocho ó veinte que nos ofrecían. Gracias, generosos amigos, por tanta munificencia.

Yo gusto poco de las grandes madrugadas, sobre todo en sitio en que el primer cuarto de la mañana es acompañado por un frío tan rígido y penetrante; pero por deber, á las cinco de la madrugada toda la tropa estaba bajando de la ciudad hacia el cauce del río Tasajo, uno de los tributarios del Arma, que se pasa por un mal puente.

Los peones venían adelante, y nosotros comenzamos á trepar la cuesta contentos y acompañados por varios amigos que quisieron venir á darnos el último apretón de mano en el Alto. La primera parte de la cuesta es de cómodo tránsito, y aunque notablemente inclinada, las mulas la soportan bien. Desde los primeros puntos culminantes volvíamos la vista atrás para contemplar la simpática ciudad, tranquilamente recostada sobre la falda de Capiro. Esta primera vista no carece de interés; pero no debe considerarse sino como el anuncio del espléndido panorama que se desenvolverá luego á la mirada estupefacta del viajero.

Al lado derecho teníamos el helado torrente de Santa Mónica, que corre por un lecho rocalloso, rodeado de corpulentos robles de follaje obscuro y sombrío, y á la siniestra algunas praderas cubiertas de pastos raquíticos y miserables, pero aromatizados á trechos por espesos matorrales de yerbabuena, orejuela y poleo. A mayor distancia, bosques comenzados á abrir tanto por motivos agrícolas como para proveer de combustible las fuentes saladas de los contornos.

Al ascender un poco más, la temperatura se torna mortificante, la tierra se esteriliza, la vegetación mengua, los cardos pertinaces, el atrevido frailejón, la genciana, los mirtos y algunas orquidáceas son, entre otros pocos vegetales, los que aceptan la vida en tan tristes condiciones. Sin embargo de todo esto, el empecinado antioqueño tiene la cerviz tan rígida

cuando se trata de medros, que aun en esas desiertas é infecundas alturas se ven campos y casas que aspiran el calificativo de cortijos.

Bien pronto el camino se convirtió en senda, la senda en vereda y la vereda en huella. Dificultoso era para las mulas dar un paso más adelante. Nos despedimos de ellas, y ¡á los peones! ó sea á las bestias humanas.

Isaac es un mozo corpulento, tiene espaldas de Hércules y piernas de coloso de Rodas. Cabalgadura sólida y tranquilizadora. Es el peón de mi mujer.

Matías es el *cachaco* de la partida: peón afeminado que presume de chusco, cual no lo haría Bretón de los Herreros; con cara bonita, bigote negro, ojos expresivos, cuerpo bien constituido. Es carguero de la otra señora, y no me inspira confianza.

Los hombres, con excepción del que habla, no llevan peón. El mío se llama *Marcos*. En algún tiempo sería blanco, pero el *carate*, extendido sobre el cuerpo y especialmente sobre todo el rostro, le ha dado un tinte indescifrable. Tendrá 45 ó 46 años, es delgado, de regular estatura, humilde de ademanes y de aspecto profundamente melancólico.

Tiene el bigote completamente argentino, por efecto de canas prematuras ó por influencia de la enfermedad, lo que le da un aire singular, y uno de los compañeros cuya charla nos divierte, lo ha bautizado con el nombre de *Pico de plata*. El bautismo es aceptado.

Felizmente las señoras no se han mareado con el movimiento de los peones, y han venido alegres. A las nueve almorzamos en la parte suprema del páramo, en un punto llamado *Santa Mónica*. No comimos únicamente fiambre, porque la mañana era seca, el tiempo soberbio y el apetito voraz. Se encendió lumbre, se armó hogar y se procedió al aire libre, como en plena cocina.

Mientras tanto, nosotros nos ocupábamos en disfrutar de la magnificencia de una perspectiva semejante, si bien muy superior, á la de que habíamos disfrutado antes desde la cima de Capiro.

Concluído el almuerzo y dado un vistazo á esa especie de mapamundi que abraza el ojo desde tan considerable elevación, continuámos nuestra emprendida carrera sin mayores obstáculos ni dificultades. Son bellísimos y sin cifra los diversos individuos de las orquídeas que vegetan y florecen en aquella altura.

Yo cogí uno entre todos, de flores pequeñas y en racimo, de color purpurino, magnífico espécimen de este miste-

rioso género de plantas, el mejor y más exquisito adorno de nuestros bosques. Lo variado de estos vegetales, la graciosa facultad mímica que poseen, el lucido matiz de sus colores y la galanura de sus formas, los recomiendan altamente para el estudio del sabio naturalista.

Como á las once de la mañana empezamos á bajar la falda oriental de la cordillera. No es un camino, ni un sendero, ni una vereda, ni una trocha, ni una huella: es, literalmente hablando, una cadena no interrumpida de abismos, hoyos y mataderos formados por grandes y espesos fragmentos de sienita porfirítica. Sólo la cautela instintiva del hombre, que le da habilidad constante para poner á cubierto su frágil organización, puede librarlo del inminente peligro que tiene á cada paso de romperse las narices, fracturarse una pierna ó estrellarse el casco. Sin embargo, no faltaron caídas, ya sobre las posaderas, ya sobre las rodillas, ya de lado; y trepidaciones de cuerpos, saltos obligados, vacilaciones forzosas, y todo esto más ó menos desgarrado, pero siempre pintoresco y risible.

Sobre las anchas piedras del tránsito se extiende con frecuencia en forma de grandes manchas, trazando dibujos caprichosos, el líquen saxifraga.

Dicen los botánicos que esta planta tiene el poder de hender las rocas más duras y resistentes; lo cual, con permiso de tan respetables señores, es posible que no sea cierto, pues creo haber notado que este vegetal crece de ordinario y encuentra asidero para sostenerse en grietas preexistentes.

Cuando ya se ha descendido bastante, y cuando la temperatura se siente algo más elevada, la vegetación cambia gradualmente, y comienzan á aparecer, en orden inverso al de su desaparición durante el ascenso de la falda opuesta, los árboles, arbustos y yerbas tropicales. Entre los más abundantes del sitio por donde bajamos actualmente, están: el caratero, que produce una resina roja, color de sangre, muy parecida al lacre y que no tiene con el drago sino un próximo parentesco de consanguinidad; el *rhus toxicodendrum*, manzanillo (1) en Antioquia, Pedro Fernández en México y Centro América; árbol frondoso, de veinte á treinta pies de altura, que crece en las tierras templadas y cuyos efluvios durante el calor del sol están constituidos por elementos so-

(1) Pensamos en que este *rhus toxicodendrum*, tal como lo hemos visto en Antioquia y en México, es muy diferente del manzanillero que vegeta en las orillas del mar Pacífico é istmo de Panamá, que nos parece ser el tipo tomado por los botánicos para bautizarlo. Efectivamente, este último árbol produce un fruto en forma de manzana, de olor acre y nauseoso, que aseguran ser en extremo venenoso.

bre modo irritantes que causan al leñador y al viajero una erisipela acompañada de escozor insoportable.

Entre la una y media y las dos llegámos á esto que por pura gracia hemos convenido en llamar posada. Algunos de los peones y los criados se ocupan en preparar la comida. Nosotros refeccionámos los ranchos, que, á pesar de mucho esmero, dejan libre entrada á los insectos, al rocío y á la magnífica y plateada luz de una esclarecida noche de verano.

Después de un día de fatigoso andar por breñas y precipicios, hay disculpa para devorar como hemos devorado, nuestra rústica pero bien sazónada y copiosa cena. Ya esto es para mí el desierto con todo su cortejo de soledad y salvajez; pero la naturaleza primitiva sienta bien á mi organización. Los músculos están deshechos por el violento ejercicio, pero el cerebro en calma. Sin el punzante dolor que, como usted, llevo y llevaré siempre en mi corazón, yo me proclamaría completamente feliz, á lo menos por esta noche.

No hay hombre, por tormentosa que haya sido su existencia, que no haya creado alguna vez en su fantasía la posesión de algunas horas magníficas de placer y de ventura. He pensado mil ocasiones en recorrer tranquilamente una parte del mundo en compañía de la generosa amiga que el cielo me ha concedido. Ella está á mi lado, me dedica el espontáneo sacrificio de una peregrinación fastidiosa y llena de peligros, tan sólo por aliviarme. Estoy á su lado; soy por el momento su único protector, y aunque seco y árido en mi lenguaje, no puedo menos de decir imitando á Abenamar:

Allá en la selva callada
Nuestro lecho alumbrará
Plácida luz derramada
De esa luna que cansada
Por el ancho cielo va.

El sueño me rinde. Hasta mañana.

IX

EL CARAÑO, 24 DE DICIEMBRE DE 1862

La noche no ha sido ni completamente mala ni completamente buena. Ha llovido un poco, y hemos tenido que reparar algunas goteras que nos incomodaban bastante.

Diré algo sobre el manual del viajero por la montaña,

entendiéndose que de lo que de ésta se dice, se puede aplicar á otras muchas.

Un reloj bien arreglado es mueble precioso en estas soledades, en que la espesura del bosque intercepta toda comunicación con el sol. Es imposible tomar el meridiano con la sombra del cuerpo cuando el cuerpo no proyecta ninguna, por estar casi siempre cubierto. El cronómetro de los peones, tan certero en campo abierto, es casi de ningún provecho en las tinieblas perpetuas de la selva.

Una buena madrugada es indispensable. ¡Infeliz del caminante que se deja coger por la salida del sol en la posada! Su día es casi perdido, ó poco menos. Al contrario, madrugando bien, la tarea se hace casi sin sentirla, se asegura buena cena y cómoda dormida. Las tres y media ó cuatro de la mañana deben encontrar en pie al transeúnte.

El manejo de las cargas es el asunto más enfadoso del viajero: trabajo de Sísifo, que consiste en hacer y deshacer y repetir siempre una misma cosa. Es bueno perfeccionar en lo posible el hábito de la clasificación. Los útiles del lecho siempre en orden y siempre en su lugar; los comestibles en el suyo; la vajilla en su puesto; la ropa de vestir, y tantos y tan multiplicados artículos como se requieren en tales casos, en sitio designado de antemano, y siempre uno mismo. Se requiere practicar revista general sobre todos los menesteres antes de salir de la posada.

Perder una fruslería, un objeto, por insignificante que sea, es sumamente perjudicial en viaje, porque son precisamente esas nonadas las que prestan en ocasiones los mejores servicios.

Cuando el viajero madruga le queda tiempo para hacer todos estos arreglos, se asegura un buen desayuno, cosa substancial en razón de que las horas del almuerzo y la comida son contingentes.

La pereza y el asco por el lodo, son los dos enemigos capitales de toda comodidad y de todo bienestar en los viajes de América.

Es verdad que la tierra de una *sobrecarga*, de un ronزال ó de una silla, metida entre las uñas, enferma el sistema nervioso, y que el movimiento y el ejercicio son penosos cuando el hombre está enervado por el calor de un sol abrasador, durante la lluvia ó en medio de un asqueroso lodazal; pero también es cierto que muchas veces, por no tomarse esta clase de molestias, se expone uno á demoras, á disgustos y á contratiempos enfadosos.

Regla general: es útil, conveniente y necesario calcular

y distribuir los alimentos de modo que no hagan falta, aun suponiendo una detención forzada, sea por la crecida de un río, por una enfermedad intercurrente ó por un motivo cualquiera. "Más vale que sobre que no que falte," se dice vulgarmente, y las verdades vulgares son las mejores, porque son las más claras.

Yo aconsejo á usted que cuando quiera darse á la vida errante por estas encrucijadas y desfiladeros, además de las cosas comunes y conocidamente precisas, se provea de los artículos siguientes: hilo, botones, agujas, cuerdas, navaja, machete de monte, ruana de caucho, funda de hule para el sombrero, y si es posible de algunos medicamentos cuyo uso sea fácil y sencillo. Todo esto se lleva sin trabajo, y suele ser recurso inestimable.

La doctrina consignada en las advertencias anteriores es muy pueril, pero quizá no tanto como la que predicaremos después con diferentes propósitos.

A la prima del alba abandonámos nuestros caros penates de beduinos, y dejámos sin pena una habitación que seguramente no volveremos á ver más. Al principio de la ruta las mismas dificultades de los días anteriores, las mismas charcas, los mismos resbaladeros y las mismas caídas.

A las ocho de la mañana estábamos en el tambo de *San Gregorio*, formado por una limitada abertura y una estrecha pradera de grama algo más alegre y consoladora que el resto, porque esta planta es eminentemente social y compañera del hombre. La senda que seguíamos lleva, con algunas curvas, reflejos é inflexiones dirección oriental. Al Norte alcanzábamos á ver desde las alternadas alturas que transitábamos, la profunda hoya por donde corre el Rionegrillo, y al Sur el cauce lejano y escondido del San Pedro, que se descuelga precipitado y sin ceremonia desde la cumbre de la paramera.

Como el sendero sigue sin interrupción el lomo de las cejas que por su reunión forman la cordillera intermedia entre las aguas citadas, el conjunto está compuesto de un rosario de bajadas y repechos que, materialmente hablando, abruma y despedazan las corvas ó alzan el corazón hasta el cuello: tales son el cansancio, la ansiedad y sofocación que producen.

Agréguese á lo dicho, que andando como á horcajadas sobre estas cordilleras, la sed que uno experimenta es de calenturiento, y las fuentes no brotan en las eminencias sino en las faldas. Por fortuna la naturaleza, madre preciosa y adorable de todas sus cosas, ha dispuesto que la capa superior del terreno sea de una arcilla compacta, substancia impermeable y poco

porosa que recoge el agua de las lluvias, impide su absorción y la conserva por mucho tiempo en ciertos lugares. En los baches formados por los mismos arroyos se hacen excavaciones semiesféricas, verdaderas tinajas providenciales donde se hallan de vez en cuando hasta cinco ó seis litros de agua pura y cristalina que sería capaz de apagar la sed de un diabético.

Si tiene necesidad de tomar alguna vez de esa agua, le aconsejo que antes de hacerlo la examine bien, pues acontece con frecuencia que algunos animales ahogados en ella ó algunas plantas en putrefacción le den carácter malsano y aun venenoso.

Almorzamos opíparamente, con hambre canina, si usted me permite la frase, en un punto sin nombre, ó á lo menos de nombre ignorado por nosotros.

Continuamos la jornada por una huella semejante á la ya descrita. Hubo trances en que toda mi filantropía dio al traste, porque tuve que recurrir á las espaldas de Marcos para salir de apuros. Oiga usted el razonamiento ingenioso que me hice para resolverme á ello: "Yo tengo los pulmones insuficientes y débiles. Bajando resisto bien; pero de subida echo los bofes. Este pobre diablo tiene necesidad de trabajar para vivir; si no me trajera á mí, traería un fardo; yo peso poco más de cuatro arrobas, y el fardo pesaría cinco. Conmigo pujará á ratos, y con el fardo pujaría siempre. La diferencia no está sino en que la carga es peso muerto y yo soy peso vivo. Pues á él, y cuando resuelle grueso y esté jadeante y moribundo, trataré de no oír ó me bajaré." Debo decir sin embargo, para disculpa mía y descargo de la conciencia, que he tratado con imponderable dulzura al pobre *Pico de plata*, que no lo he montado sino en los malos pasos y que le he reservado el mejor bocado de mis manjares.

Nos quedaba una legua para llegar á la aldea de Pocitos. En la nueva nomenclatura Pocitos ha trocado su nombre por el nombre histórico de Nariño. Uno de los compañeros se informaba acerca de las municiones de boca que podríamos encontrar allí. Se dijo que hallaríamos leche, panela y algo más. Y aguardiente ¿no hay? preguntó. Sí, señor, respondió Matías; mucho, bueno y barato. Con eso nos mantenemos en este pueblecito.

A la izquierda de Nariño, pero más allá del Rionegrillo, se encuentra el mineral de Nechí, que ha tenido reputación de gran riqueza. Yo he visto una muestra de esta mina, que me ha llamado mucho la atención, por hallarse en ella el oro nativo adherido al granate, como si este último fuera su ganga primordial. Igual cosa he visto en una muestra sacada del

Fox en Titiribí, y también tengo en mi colección un rico mineral de plata extraído de esas montañas. Por esa misma parte y por encima de la montaña de San Julián sigue el camino llamado del Mulato, que conduce á Buenavista y que tanto ha llamado la atención en estos últimos tiempos (1).

Es muy probable que hacia las vertientes de San Pedro y entre éste y Samaná se descubran con el tiempo riquísimos minerales de oro y de otros metales, pues las corrientes de agua conducen no pocas pepitas que han sido y son explotadas con ventajas. El mismo terreno que circunvala á Nariño tiene una composición geológica idéntica en su estructura á la de los más ricos circuitos del Estado.

Antes de medio día llegámos al caserío, y al contemplar su situación no pude menos de recordar lo que un jesuíta del siglo XVII, el padre Aguirre, dijo describiendo á Quito:

Su posición es tan mala,
Que en medio una y otra cuesta
La una mitad se recuesta,
La otra mitad se resbala

En efecto, diez ó doce chozas miserables apiñadas confusamente sobre la estrecha ceja de la montaña, constituyen la población entera de Nariño, poblacho que lleva nombre imperecedero. No recordamos haber visto niños entre sus habitantes. Seguramente consistirá en que al *gatear* se han rodado á los abismos de uno y otro lado. Apenas se concibe la fuerza empleada para fabricar habitaciones humanas en este punto; pero es lo cierto que Nariño puede considerarse en la actualidad como oasis consolador para el viajero, porque además de algunas praderas quebradas, algunas vacas lucidas y la luz del sol que da en campo abierto, se ven limoneros, platanales, gallinas, cerdos y cañas de azúcar. Cuentan que Diógenes ú algún otro filósofo de la antigüedad, desviado en un bosque, encontró un hombre ahorcado y dijo: "Gracias á los dioses, porque ya estamos en un país civilizado." En América yo no me guío por la misma señal; andando en estas soledades encuentro caña de azúcar, y exclamó al punto: "tierra de cristianos."

En Nariño hicimos alto para descansar y para ver lo que

(1) Los habitantes de Sonsón abren hoy un camino de herradura por el lomo de la cordillera de San Julián, que reemplazará con ventajas al que hoy sigue por Pensilvania y al abandonado ya, que veníamos siguiendo. Tengo en mi poder un plano del camino que está en construcción, obsequio que recibí del Dr. Alfredo Callón, tal vez el mejor ingeniero francés que haya venido á esta tierra.

el lugar ofrecía. Como en todas las partes del Estado, se nos brindó lo que se brinda siempre en un veinticuatro de Diciembre: buñuelos, miel y natillas. Estos tres manjares hacen la trinidad obligada con que el pueblo de Antioquia celebra siempre con placer el piadoso aniversario del nacimiento del Hombredios, y precarios tienen que ser los haberes del antioqueño para impedirle que en tal día y con tales recursos deje de proporcionarse este contento.

Comimos abundantemente todo esto á guisa de *once*, y aun trajimos para completar el festín de por la noche.

Algunos de los peones estaban atrasados, y los que habían llegado con nosotros manifestaban abiertamente el deseo de pernотar allí. Pero como la jornada era muy corta, determinámos resueltamente avanzar más. Yo resolví quedarme para hacer seguir á los individuos que venían detrás y disponer las cosas de manera que viniésemos á dormir al lugar en que estamos.

La noticia del aguardiente no había salido falsa, y á medida que iban llegando los cargueros les administraba un buen trago; cobraban bríos y seguían animosamente la marcha. El aguardiente á tiempo y en cantidad moderada es un impulso maravilloso; es la locomotora de nuestras veredas. Pasando los términos racionales es el absurdo, la quietud, la impotencia.

Detrás de todos los compañeros emprendí el descenso de la cuesta. A medida que bajaba veía cambiar ese paisaje apagado, silencioso, taciturno y muerto de los países fríos, por el alegre, bullicioso, del todo enérgico y vivísimo de la tierra caliente.

Al dejar lo que puede llamarse propiamente las aberturas de Nariño, se transita por un bosque espeso, lleno de árboles añosos y colosales, la mayor parte de ellos de los llamados en el país *caraños*. No conozco botánicamente este árbol, que á las veces alcanza altura de mucha consideración. Su corteza es aromática, contiene en grande abundancia una resina futinosa, de color rojo oscuro, que goza de gran reputación entre la plebe como específico infalible contra las heridas. No sé hasta dónde merezca aprecio esta substancia balsámica, cuyo estudio está muy incompleto; pero me parece bastante importante para llamar seriamente la atención de los químicos y médicos. La extensión de estos árboles se revela al viajero en la espesura de la selva por el suave olor y la fragancia que derraman en sus alrededores. No hay duda que el sitio en que estamos debe su nombre á la abundancia de estos árboles.

Al aproximarnos al Tambo el calor se iba haciendo sofocante; numerosos y lucidos coleópteros revolaban por todas partes; algunos pájaros de esmaltado plumaje engalanaban el bosque; loros y guacamayos nos ensordecían con sus agudos y penetrantes chillidos; manadas de micos bulliciosos y gritones mecían las copas de los árboles; el ruido salvaje y desconcertado de animales desconocidos se oía á lo lejos; millares de plantas trepadoras, afectando formas variadas, abrazaban y estrechaban el tronco y el ramaje de los árboles; las enredaderas ostentaban flores de mil matices y la guadua ondulante y majestuosa se movía con gracia en la distante y fértil vega. Era la animación y la vida con su séquito pomposo de bellezas y con los inconvenientes y molestias de las tierras bajas de esta zona tórrida.

Como á las dos de la tarde bajámos una cuesta y ascendimos un repecho que conduce á una miserable casita abandonada, distante como una milla de aquí. La bajada y la cuesta son dos verdaderas *culebrillas de colegial*, y para remate de tormentos, como llegase fatigado yo, encontré á las señoras y á los peones tratando de tomar alojamiento en la posada más escueta y espantosa que se haya visto nunca. Era un rancho sobre el cual había metido el tiempo su garra destructora y su diente inexorable, á lo menos por seis meses; y seis meses para un rancho pajizo en medio de la montaña, es tanto como un período de diez siglos para un edificio fabricado en medio de una ciudad con todas las condiciones pedidas por la arquitectura. Estaba compuesto de dos partes: una salilla cuadrada de dos varas de extensión, una alcobita como de vara y media con dos estrados de guadua; cercado construído con la misma caña, techo cubierto con paja de bijao, verdadera criba de agujeros descomunales, fogón ennegrecido y lleno de ceniza en la mitad del saloncito, constelaciones de enormes cucarachas que recorrían la techumbre, un enorme alacrán que pasaba por debajo de la paja con una gravedad y desenfado admirables, algunos cienpiés arrollados en forma de caracol debajo de los estrados, y fuera de todo eso, la madera del cercado, los bejucos con que estaba atado y los estrados mismos en que debíamos dormir, viejos, desunidos, frágiles y destartados.

Poca meditación me fue suficiente para persuadirme de que una noche pasada con tales inconvenientes sería insoporable, y que fabricar un rancho ó dormir á cielo descubierto, bajo la copa de un árbol, sería más llevadero.

Los peones, sentados sobre troncos esparcidos por el suelo, conversaban con buen humor sobre diferentes materias.

Uno que había hecho la campaña del Cauca contaba á su modo los hechos y operaciones de Arboleda. Me senté junto á ellos para oír la relación y atrajo mi curiosidad la cara atenta y el aire vivaz y perdulario del más tierno de los *ra cioneros*, quien escuchaba la referencia de tantas atrocidades con la boca abierta y los ojos despabilados. Cuando el historiador llegó á la viga de San Camilo, el muchacho dijo en forma exclamatoria: ¡ valiente *jiel* de angelito !

Informado por los peones de que cerca había una casa, pero que algunos de ellos no habían podido obtener licencia del dueño para pasar la noche porque su familia era muy numerosa y porque además trataban de reunirse todos los vecinos para hacer un baile *de garrote* en celebración del nacimiento de Jesús, determiné asumir los derechos de plenipotenciario en representación de toda la comitiva, y me vine sin más decir por uno de los caminos más verticales que se hayan visto.

El patrón nos recibió con excesiva frialdad y nos puso de presente los mismos inconvenientes que á los peones; pero como la diligencia es madre de la buena ventura, hablando nos entendimos, y los protocolos de nuestra conferencia dieron por resultado que estemos ahora en una casita abandonada, á media cuadra de distancia de la principal.

Mientras di aviso á los compañeros para que vinieran hasta aquí, y ellos lo ejecutaron, me ocupé, auxiliado por un hombre muy afable y una mujer del mismo genio, en refecionar el edificio, cuya arquitectura es semejante á la de la otra casita.

Había paja cortada, con la cual el improvisado amigo, mediante la remuneración de algunos reales, cogió todas las goteras con pasmosa prontitud. La mujer, mediante el mismo estímulo, barrió seis ó siete veces, estrados, alcobas y saloncito. Puse con la mejor simetría que me fue posible, capas de paja, sobre la paja un encerado, una estera sobre el encerado, un colchoncito sobre la estera, una sábana sobre el colchoncito, dos almohadas sobre la testera, una colcha sobre el todo, y quedó hecha la cama de la señora. Igual operación ejecuté mi excelente compañero para la de él y la niña.

En posición diagonal al saloncito colgué mi hamaca, y todos fueron acomodándose á medida que llegaban á este Trianón improvisado.

A los últimos rayos de un sol esplendoroso, y sentados sobre troncos de árboles, petates y baúles, tomámos nuestra comida de Nochebuena. Los Reyes Magos, el día de su llegada á Belén, hubieran quedado contentos con nuestro lujoso

y bien sazonado banquete. Miel de caña tan buena como la mejor del monte Himeto, queso fresco, buñuelos, natilla, pan, arroz, chocolate y qué sé soy que más, son base suficiente para una exquisita mesa.

Todo se anunciaba bien, y el comienzo de la noche nos daba garantías de gozar perfecta calma. Pero no fuese así, porque cuando ya estábamos acomodados en los lechos, el albergue fue invadido repentinamente por una falanxe monstruosa de murciélagos, vampiros sanguinarios sin duda, que tenían la costumbre de entrar todas las noches por las culatas descubiertas á perturbar y devorar quizá á millares de millares de vampiros subalternos que allí se aislaban. Un poco más tarde se reclamó mi protección contra un animal desconocido que atacaba á una de las personas de la comitiva. El alarma resultó falso afortunadamente, y se redujo al vuelo inofensivo de algunas cucarachas, no tan grandes ciertamente como una perdiz, pero sí del tamaño de un picaflor.

Esta carta se compone, mi querido D., de un conjunto trivial é insignificante de pequeñas nadas, de fruslerías y de extravagancias; pero he querido contarle, una vez por todas, para evitar repeticiones, la historia fiel de un día de montaña. Los mosquitos, las chinches y quién sabe cuántas más alimañas nos han devorado en la noche. El escozor me tiene casi febricitante; pero con fiebre ó sin ella, robusto ó enfermo, feliz ó desgraciado, soy siempre de usted, en cuerpo y alma, su mejor amigo.

(Continuará).

M. U. A.

UN PRESBITERO PATRIOTA

Ramón Zapata, Coronel graduado de Ejército y Comandante de armas de la Provincia de Pamplona.

CERTIFICO:

Que conozco al Sr. Presbítero Cayetano Reyes, de vista, trato y comunicación, desde el año de 1817, haciendo de Capellán de una de las Divisiones del Ejército de Apure, en donde fue herido y hecho prisionero por las tropas españolas, de las que se fugó y volvió al Ejército libertador. En el año de 18 vino al Ejército de Casanare, y fue destinado de Capellán